

## PRÓLOGO

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

*Por varios motivos, es esta una obra de alto gálibo intelectual. Bien que la pluma del prologuista no sea quizá la más indicada para afirmarlo por respeto a sus lectores, un mínimo de rigor crítico y también de decoro personal que impiden, en un marco como el presente, dar rienda suelta a sentimientos íntimos, resulta obligado ponderarlo así en una antesala por entero prescindible para el gozo y usufructo de sus páginas. Como suele acontecer en los empeños culminados con el éxito, los orígenes de la empresa historiográfica llevada a cabo por el aguilarense Francisco Miguel Espino hacían concebir las mayores esperanzas acerca de sus serenos frutos. De manera insólita en la concepción actual de las tesis de doctorado en las diversas ramas de las Humanidades —y de manera aún más subrayada en las de Clio—, Espino poseía ya desde los inicios de sus estudios universitarios una idea clara respecto al trabajo con el que concluiría su primera gran etapa de formación académica. Brotada la elección de su tema al hilo de una razón o impulsos desconocidos por quien firma estas líneas, se adentrará resueltamente apenas terminada, recta y provechosamente, la licenciatura, en la navegación doctoral pertrechado de un bagaje bibliográfico y erudito infrecuente hodierno en andaduras semejantes. Aunque no habrían de faltar pruebas y contratiempos al estudio acometido con tal entusiasmo y decisión, su elaboración no sufrió nunca, sin embargo, vacilaciones metodológicas ni desdibujamiento de sus objetivos esenciales. Cuando, como en el caso que nos ocupa, el quehacer intelectual responde a un proyecto vital, la diosa Fortuna deja sus caprichos a un lado y derrama sus beneficios sobre los investigadores.*

*Y el autor de este libro es historiador de raza. Pocos reinados —la periodificación historiográfica habitual, conforme se sabe, en el ámbito de la contemporaneidad hispana— más aptos como el isabelino para poner a prueba las condiciones de tal. Muy denso de contenido, España pasó en su transcurso del Antiguo al Nuevo Régimen, con mil avatares de todo tipo, contrastes no menos numerosos y una fuerza creadora como pocas otras grandes fases del nuestro pasado reciente registraran. Dejada atrás la inmensa pira de la contienda carlista que vino a rematar el aterrador incendio de vida y haciendas iniciado con la guerra de la Independencia, el país, en un acto de asombrosa supervivencia, decidió volver página de una vez y recorrer con energía el camino en el que las naciones de su entorno le llevaban ya adelantadas muchas jornadas. Los coetáneos más avisados —desde Mesoneros Romanos a Fray Gerundio de las Campezas (Modesto Lafuente), de Antonio Flores a Galdós, de Balmes a Valera— dejaron llamativa constancia de la eclosión de energía y dinamismo que recorrió el país entero, depositando un légamo fértil para toda suerte de actividades, entre las que las económicas ocuparon puesto el más principal. El pueblo y el conjunto de la sociedad entendieron bien el proceso transforma-*

*dor en el que España estaba embarcada. Pese al tiempo inmóvil que, con sensibilidad de poeta descollante, acertó a captar la retina privilegiada de Bécquer en sus viajes por el hondón de Castilla, arrieros y campesinos, soldados y menestrales se sintieron protagonistas y testigos de cambios trascendentes.*

*Porque, en efecto, el test de la incorporación de España a la Modernidad en ningún otro estadio cronológico cabe establecerlo con mayor propiedad que en el reinado de transición acelerada que supuso el de Isabel II. A su término, la fisonomía de varias de las regiones del país – sobre todo, de las que harían de locomotora de su progreso social y económico– se encontraba ya pergeñada conforme a los perfiles que aún las caracterizan. Finalizada la Renaixença, Catalunya se erigía en proel de amplias capas de la dinámica mercantil y abanderada en la conciliación de nova et vetera –de la que nadie en adelante podría disputarle la primacía–, al paso que Euskadi –las Provincias Vascas, por aquel entonces– presentaba credenciales indisputables para timonear el avance financiero e industrial del país, con el inicio de un espectacular proceso de importación y acomodación de los usos y costumbres de la potencia que por las fechas señaladas ostentaba sin rival el liderazgo mundial: Gran Bretaña.*

*Pero el mismo fenómeno se experimentó igualmente en otras parcelas de la nación, que conocerían destino muy distinto al de un Norte que capitanearía la gran aventura de la modernización española. De todas las que no pudieron o no supieron acceder al escenario en el que se desplegarían los principales actos de dicha tarea, Andalucía fue, sin duda, la más importante, por obvios motivos de población, territorio e historia. En el tránsito del absolutismo al liberalismo consolidado se ventiló la posición del Sur en la nueva etapa emprendida por la sociedad y el estado españoles. Significativamente, el tiempo del constitucionalismo o, a la moda del día, del primer liberalismo, precedido en la Bética por la desaparición en 1831 del estatuto comercial de Cádiz como puerto franco y la humillante frustración de los intentos ferrocarrileros primiciales de unir a Jerez con los puertos de la Bahía, concluyó en Andalucía con el estrepitoso fracaso de su red bancaria tejida en las bonanzas moderantistas y unionistas. Su hundimiento patentizó la incapacidad de sus oligarquías para convertirse en un empresariado de altos vuelos, rentabilizando a través de inversiones innovadoras –y, por ende, arriesgadas– los muchos y variados recursos de los que la región disponía. La postración que ya había enseñado la cara con el escaso aprovechamiento que de las grandes coyunturas del periodo –desamortización, ferrocarriles, infraestructuras urbanas, etc.– hiciesen sus élites económicas, se adueñó del Sur, en caída libre a partir del canovismo en la opinión e imaginario colectivo nacional y estimado como tierra por excelencia del subdesarrollo y la cultura de la ociosidad...*

*Natural y casi ineluctablemente también, Córdoba vivió la misma experiencia, incluso de manera quizá más ahincada y pesarosa que el resto de las provincias andaluzas, con la excepción de la gaditana, acaso la más distinta de ella estructural e idiosincrásicamente. Provincia rural en estado puro cuando comenzó a tener circulación administrativa el nuevo diseño territorial del país, lo continuaba siendo al poner fin en sus cercanías al gobierno de la reina de los “tristes destinos” el mismo protagonista que lo instaurase cuatro décadas atrás, esto es, el Ejército. Desde luego, otras notas, junto con la gravidez maciza de su peso agrario, la convertían en solar característico o provincia-promedio de la España de comedios del siglo XIX, en particular, de su zona meridional. La ausencia de focos ebullentes, la omnipresencia de una de las noblezas de blasones más rancios y menores hervores creativos, la atrofia de una Iglesia en la que eran aún nítidamente visibles los rasgos más reprobables de un pasado semifeudal en*

*varias facetas eclesiásticas, se ofrecían, en efecto, como perfiles destacados de una situación generalizada en la España que mayor rémora puso al triunfo del progreso.*

*Un factor específico implicó, no obstante, un elemento distorsionador en este panorama. La arraigada conciencia en sus habitantes de pertenecer a uno de los ámbitos de mayor densidad histórica de todo el viejo continente, el único, además, salvo Lisboa, que había ostentado en la Península Ibérica, hasta muy adentrado el Quinientos, el rango de cabeza y corazón de una organización estatal. El imaginario local y provincial se vería reforzado ahora a nivel nacional e internacional por la alta estima que al Romanticismo mereciera la cultura árabe y la puesta en valor —sit venia verbis...— del exotismo oriental por parte de un creciente turismo que tenía en la ciudad de la Mezquita su cita peninsular más ineludible y ansiada. En el territorio tal vez el más castellanizado del Mediodía —excepción hecha del Santo Reino—, esta nota vendría a introducir, como se recordaba más arriba, un elemento de indudable complejidad en el comportamiento diario del hombre y mujer cordobeses de la época referenciada y en el análisis de las mentalidades que informaban su talante y actitudes.*

*A la vista de un cuadro así enmarcado no era sin duda menor ni pequeño el envite que debía afrontar Francisco Miguel Espino —cordobés sin mezcla extraña alguna en su prosapia, lenguaje, conducta y creencias— en la tesis doctoral por él deseada desde el momento en el que, en el paso de la adolescencia a la juventud, se hacen las grandes opciones de la existencia. En solar y, sobre todo, tiempo tan genuinamente taurinos como el englobado en su libro, es casi insoslayable aludir a la gastada pero gráfica metáfora del enfrentamiento del estudioso aguilarense con un tema aristado de dificultades sobre cuyo resultado el lector tiene la voz y el juicio. En escenario tan amedrantador constituye, empero, un espectáculo de superior finura e inteligencia investigadora la forma con la que ha templado documentalmente, primero, y sagazmente escudriñado, después, toda la vasta superficie material y espiritual recorrida por su pluma, entregada, finalmente, al remate enjundioso de una labor de impecable técnica y “maneras” metodológicas.*

*Ciertamente —ventajas del trabajo en equipo—, su tarea se ha hallado acompañada por la desplegada anteriormente —simples razones de edad— por varios de sus antiguos camaradas de aulas y de sus profesores en ellas. La evolución del diezmo en la crisis final del antiguo régimen —tesis doctoral de M<sup>ra</sup> Dolores Muños Dueñas—, los inicios de la desamortización eclesiástica —aportación notoria de un bien dotado estudioso catalán trasplantado a la antigua capital califal: Joaquín Moya Ulldemolins— y civil —tesis de doctorado del ejemplar catedrático de Instituto (¿se puede todavía decir así?...), Pablo Torres—; el iter electoral —tesis de Enrique Aguilar Gavilán—; la escuela —tesis del benemérito inspector de Enseñanza Primaria (¿es correcta aún la denominación?) Juan Díez—; la enfermedad y la muerte —tesis, respectivamente, de Fernando López Mora y Soledad Gómez Navarro—; la trayectoria de grandes pueblos a la manera de Baena y Castro del Río —trabajos de la misma indole académica de otros admirables docentes, hélas, no universitarios: Manuel Horcas y Francisco López Villatoro—; la marcha de la Iglesia —tesis de un licenciado especialmente provisto de saberes que halló, ulteriormente, campo abonado a sus fuertes creencias en un centro religioso “concertado”: José García Cuevas—; las rutas de la sociabilidad —reconstruida en su tesis (a punto de aparecer cuando se redactan estas líneas) por Gloria Priego de Montiano— y, por último, la de José Ventura Rojas acerca de la Córdoba fernandina que, en proceso de edición, pudo conocer dado su frecuente contacto con el autor en archivos y bibliotecas así como en el Departamento de Historia Mo-*

terna, Contemporánea y de América de la Universidad cordobesa, en el que se gestaron y llegaron a buen puerto administrativo y científico todos los mencionados trabajos, hoy a disposición del público en forma ya de libro.

Del suyo, claro, tiene, sin embargo, toda la responsabilidad —y, singularmente, el mérito— Francisco Miguel Espino. Una vez que su obra incrementa el estimulante a la vez que aterrador capital bibliográfico circulante por librerías y canales informáticos, los lectores más acazantes saciarán su interés y curiosidad por la plasmación de las facetas más sustantivas de la España de los decenios centrales del Ochocientos en un espacio geográfica e históricamente de primer orden en la rica pluralidad hispana. Reconstruida la andadura de la Córdoba isabelina con material proveniente de las más diversas fuentes —de modo muy especial, las de oriundez primaria—; expurgadas noticias e informaciones al envés y al trasvés; colectada y utilizada a veces con pasión de erudito y fruición de artista la bibliografía coetánea y posterior, el autor traza un retrato fiel y convincente de una tierra y una sociedad que, una vez más, perdiesen la oportunidad brindada por una coyuntura que más que nunca semejó buscar desatarse de atavismos y mitos. Dadas las coordenadas de su biografía citadas precedentemente, Espino hubiera deseado dibujar otra imagen más atractiva del periodo; pero ello implicaría traicionar a su vocación y deturpar un oficio, por lo demás, reducido, stendhalianamente, a reflejar cualquier capítulo del ayer sobre un espejo bruñido por la honestidad y el entusiasmo desbordado.

Hombre muy de su tiempo, no hace, sin embargo, el autor una lectura sesgada ni anacrónica de la Córdoba isabelina. Incuestionablemente, su estudio proyecta, sin observación mayor, no pocas semejanzas y afinidades sobre una época como la actual, presidida igualmente por el signo de la frustración en buena porción de sus afanes más entrañados. El largo tramo acotado por su investigación poseyó dos personalidades de alcance y significado nacionales, el duque de Rivas y D. Juan Valera, que no se distinguieron, justamente, por su incardinación cordobesa, más allá de manifestaciones retóricas e invocaciones líricas. Las dos figuras asociadas posteriormente a ellas en la dimensión indicada, la de Alcalá-Zamora y Manolete, se vinculan también, en hemisferios bien distintos, a peripecias desdichadas y trágicas. Se diría así lógico que el segmento de vida cordobesa objeto de la tesis doctoral que ahora se publica se recorte sobre un fondo de fracaso y tristeza.

Pero aunque en la historia el pasado, contrariamente a la querencia del poeta sevillano, sí está escrito —e irreversiblemente—, el futuro no. A pesar del telón de fondo de su moderno pretérito, las generaciones cordobesas elevadas a la responsabilidad social y política con la inauguración del III Milenio gozan de las suficientes virtualidades para que el siglo XXI sea en los anales de su hechizadora ciudad el arranque definitivo de la recuperación de su mejor pulso y el punto de partida de una historia tan creadora y refulgente como la de los inicios de los Milenios anteriores. Bien escrutados, también hay en este libro datos para creerlo.

Córdoba, 5 de agosto 2008.